



MISCELÂNEOS

Fermentario N. 8 (2014)
ISSN 1688 6151

Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República. www.fhuce.edu.uy

Faculdade de Educação, UNICAMP. www.fe.unicamp.br

Conciencia de sí y criticidad **El discurso de Menocchio en clave foucaultiana**

Adriana de los Santos¹

RESUMEN

Motiva este trabajo la posibilidad de hacer un aporte al análisis de lo que da en llamarse pensamiento crítico, su naturaleza y algunas de sus formas así como delinear una perspectiva original del personaje perfilado por Carlo Ginzburg en su libro *“El queso y los gusanos”*: Domenico Scandella, más conocido como Menocchio, un molinero nacido en 1532 en Montereale, Italia. En *“El queso y los gusanos”* de Ginzburg nos encontramos con un estudio minucioso sobre el pensamiento de Menocchio, sobre sus fuentes y su alcance, enmarcado en el contexto del Renacimiento europeo y de la Reforma Protestante.

Seguiré una línea de trabajo foucaultiana y apelaré a algunos supuestos kantianos que me permitan componer una noción de “pensamiento crítico” o “criticidad” en el contexto de Menocchio. El lector contemporáneo podría preguntarse acerca de la

¹ Prof. Lic. Adriana de los Santos - UdelaR

relevancia de este análisis en el contexto filosófico-educativo actual. Pues es importante señalar que el vínculo entre conocimiento, conciencia de sí y verdad constituye un eje de trabajo fundamental a la hora de pensar la cuestión educativa, a la vez que devela dogmatismos, falacias y demagogia en torno a su discurso.

PALABRAS CLAVE

Criticidad – Pensamiento Crítico – Cuidado de sí

ABSTRACT

In this text I introduce a possible conceptualization of *criticality* as well as an attempt at analysing its nature and some of its features. I use the context of Menocchio, the character depicted by Carlo Ginzburg in “Cheese and the worms”: Montereale, Italy 1532, the European Renaissance and the Protestant Reform.

I follow a Foucaultian line of thought and I take some of the Kantian premises so as to compose a notion of *critical thinking* or *criticality*. A contemporary reader might wonder about the relevance of such study in current times. It is important to underline then the link between knowledge, awareness of oneself and truth, which is a fundamental stepping stone when revising educational matters from a humanizing perspective, as well as put forward dogmatism, fallacy and demagogy around educational discourse nowadays.

KEY WORDS

Criticality – Critical Thinking – Care of the self

PRESENTACIÓN

“Eusebio: (...) para mí la naturaleza no es muda, sino que habla por todas partes y ofrece numerosas enseñanzas a quien las contempla, cuando ella se dirige a un hombre atento y dócil. Ese rostro tan dulce de la naturaleza primaveral, ¿qué otra cosa proclama sino la sabiduría del Artesano Divino, igual a su bondad?”

Erasmus, El Banquete Religioso²

Motiva este trabajo la posibilidad de hacer un aporte al análisis de lo que da en llamarse pensamiento crítico, su naturaleza y algunas de sus formas. A partir del curso *“Miradas heterogéneas sobre la ignorancia: el saber de los que no saben”* dictado por la Dra. Andrea Díaz Genis en la Facultad de Psicología de Montevideo el pasado abril-mayo-junio 2013, y en torno a esta temática me interesa la posibilidad de delinear una perspectiva original del personaje perfilado por Carlo Ginzburg en su libro *“El queso y los gusanos”*: Domenico Scandella, más conocido como Menocchio.

Menocchio fue un molinero nacido en 1532 en Montereale, en una zona llamada el Friuli cerca de los Alpes de Véneto, Italia. Exquisitamente presentado por Ginzburg, Menocchio fue un hombre de trabajo cuyo desparpajo para pronunciar discursos heréticos hizo que fuera perseguido tenazmente por la Inquisición. Habiendo elaborado una cosmogonía propia, resistió los interrogatorios de los inquisidores hasta el final, siendo un personaje inspirador para el historiador italiano. En *“El queso y los gusanos”* nos encontramos con un estudio minucioso sobre el pensamiento de Menocchio, sobre sus fuentes y su alcance, enmarcado en el contexto del Renacimiento europeo y de la Reforma Protestante. Aunque lo que nos guía no es el propósito de hacer una reseña histórica del personaje sino aislar ciertos aspectos del pensamiento, fantasías y discursos de Menocchio que nos permitan encuadrar su criticidad en un marco filosófico, importa presentarlo como sujeto en su historia,

² Citado por Le Goff, 2008: 154

para cuyos antecedentes me apoyaré en los aportes de Le Goff en “Los intelectuales de la Edad Media”. Seguiré una línea de trabajo foucaultiana y apelaré a algunos supuestos kantianos que me permitan hacer un puente entre el presente trabajo y mi tesis doctoral, así como explicitar a qué noción de “pensamiento crítico” o “criticidad” hago referencia cuando me refiero a ella en todo el cuerpo de este texto.

El lector contemporáneo podría preguntarse acerca de la relevancia de este análisis en el contexto filosófico-educativo actual. Pues es importante señalar que el vínculo entre conocimiento, conciencia de sí y verdad constituye un eje de trabajo fundamental a la hora de pensar la cuestión educativa, a la vez que devela dogmatismos, falacias y demagogia en torno a su discurso. Veamos.

ANTECEDENTES

Tal como lo hemos mencionado en artículos anteriores, cuando se intenta trabajar en las posibilidades y alcance del pensamiento crítico en la actualidad muchas veces se omite mencionar su piedra angular: el nacimiento de la noción de criticidad está en el pensamiento de Immanuel Kant de fines de siglo XVIII. Tomemos algunas aristas de nuestro trabajo anterior para contextualizar el presente artículo. Ser crítico en clave kantiana implica hacer uso autónomo de la capacidad de razonar, abandonar el andamiaje de ideas que nos provee un “otro” y pensar por uno mismo. Aparecen con fuerza hoy en día diferentes discursos en torno al pensamiento crítico, a la capacidad de crear autónomamente conocimiento nuevo, a formular investigaciones interesantes y a innovar en general. El mundo postmoderno obliga a innovar. Así, la cuestión de la criticidad adquiere múltiples miradas: de la pedagogía, de la didáctica, del magisterio, de la formación docente. Retomo entonces la noción de criticidad que aportó Kant en “Qué es la Ilustración”, a la vez que repaso algunas aristas cuyos contenidos puedan realizar aportes al campo de la filosofía de la educación.

“Sapere aude” reza el imperativo kantiano: atrévete a pensar por ti mismo.

“Ilustración significa el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo. Esta minoría de edad significa la incapacidad para servirse de su entendimiento sin verse guiado por algún otro. Uno mismo es el culpable de dicha minoría de edad cuando su causa no reside en la falta de entendimiento, sino en la falta de resolución y valor para servirse del suyo propio sin la guía del de algún otro. Sapere aude! ¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento! Tal es el lema de la Ilustración.” (Kant, 2009: 83)

Al igual que en tiempos de la ilustración, hoy día existen otros “otros” que ofician de médium para acceder al saber: maestros, profesores, tutores, medios de prensa, textos. Queda claro a priori que el sujeto aprendiente, en su “minoría de edad” necesita de la mano del sujeto que enseña de modo de poder tener el primer acceso al conocimiento. Luego, dice Kant, es la **pereza**, la falta de **coraje** y **decisión** que hacen que el individuo no renuncie a ese “otro” y piense autónomamente. De esta manera el pensamiento crítico aparece como una facultad natural del hombre que está latente hasta que él mismo, abandonando su infancia, se atreve a despertarla. Entonces surge la pregunta: si es natural en el hombre la posibilidad de pensar con una cierta autonomía, ¿de qué naturaleza es esa “voluntad” de abandonar la “minoría de edad”?

Javier de la Higuera en el estudio preliminar de *Sobre la Ilustración* de Michel Foucault (2011) nos advierte del corrimiento de la crítica “desde el ámbito de las condiciones trascendentales de los conocimientos al de las condiciones histórico-eventuales de los discursos (...) desde la pretensión legitimadora de la verdad de nuestros conocimientos a la intención desfundamentadora de nuestras verdades” (de la Higuera, 2011: XXVI) Me interesa puntualmente este aspecto introducido por de la Higuera, la idea de una “**intención desfundamentadora**” de verdades como motor de la búsqueda eterna, del no conformismo, de la duda constante que moviliza el pensamiento. A partir de este concepto pienso en un ejercicio del espíritu racional que desenvaine una y otra vez la pregunta desestabilizadora y vaya convirtiéndose en un espíritu crítico. Ahora, pienso también en el ejercicio de una racionalidad que

se inserta en un discurso dependiente de las condiciones “histórico-eventuales” en las que aparece ya que no me es sencillo aceptar que *todos* podamos por mera voluntad atrevernos a pensar por nosotros mismos en *cualquier* contexto y en cualquier momento. Aparece la posibilidad de reflexionar en torno a estas posibles preguntas: ¿Cómo interviene la educación actual en el ejercicio de esa racionalidad y pensamiento crítico? ¿Es posible contemplar (e intentar superar) las condiciones histórico-eventuales de los educandos a la vez que aspirar en masa a altos estándares mundiales de pensamiento de alto orden ya preestablecidos?

En el espacio educativo público actual, y tal como se evidencia en investigaciones de corte socio-pedagógico e informes de organismos internacionales, al culminar la educación secundaria o terciaria nuestros educandos apenas alcanzan un manejo mediocre de algunos contenidos y herramientas de trabajo racional que les permitan resolver y resolver-se en la vida personal, laboral y social en general. Esto último nos motiva y, si se quiere nos obliga, a tener una reflexión epistemológica y filosófica más fuerte y más profunda en el plano de la práctica y la ética educativa orientada a la construcción de criticidad, cuestiones que se diluyen en un ámbito de discusión empobrecido tanto en su calidad discursiva como en la reflexión autocrítica de la práctica docente. Ya decíamos en el artículo anterior que nos encontramos frente a un discurso educativo falaz y sesgado en general que a su vez está preso de un sistema obsoleto, un discurso “criticón” carente de criticidad en sí mismo, lo cual difícilmente conlleve a una formación de otro tipo de pensamiento por parte de los alumnos a los que el sistema intenta educar.

En este sentido y siguiendo la línea foucautiana de la *Hermenéutica del sujeto* y siguientes seminarios, el ejercicio del pensamiento crítico necesariamente debe ir ligado a un acercamiento a lo que en la antigüedad llamaban *parrhesía*³, que pudiera traducirse como la práctica del “decir veraz”. Digo esto en el entendido de que adoptar una actitud “desfundamentadora” es adoptar una actitud parrhesiasta,

³ Hablo de *parrhesía* en el sentido que introduce Foucault en *El coraje de la verdad* “se definirá con respecto, no a la ciudad (la *polis*) sino a la manera de hacer, de ser y de conducirse de los individuos (el *ethos*), y también con respecto a su constitución como sujetos morales.”(Foucault, 2010: 49)

atreverse a pensar por sí mismo y abandonar la infancia (mutismo) del pensamiento con total libertad: “Si las instituciones democráticas no son capaces de dar lugar al decir veraz y hacer intervenir la *parrhesía* tal y como ésta debería hacerlo, es porque les falta algo (...) lo que podríamos llamar “**diferenciación ética**”” (Foucault, 2010: 51) La construcción de un pensamiento crítico conlleva entonces un trabajo en sí, una meditación sostenida acerca de nuestra vida en sociedad, de nuestros vínculos, de los modos en los que resolvemos los conflictos y del movimiento de la vida misma en el devenir de la historia. Así, la ilustración es parte del cultivo de sí, el cuidado de sí y de los otros. Dice Kant:

“Una época no puede aliarse y conjurarse para dejar a la siguiente en un estado en que no le haya de ser posible ampliar sus conocimientos (sobre todo los más apremiantes), rectificar sus errores y en general seguir avanzando hacia la ilustración. Tal cosa supondría un crimen contra la naturaleza humana, cuyo destino primordial consiste justamente en ese progresar. (...) Un hombre puede postergar la ilustración para su propia persona y sólo por algún tiempo en aquello que le incumbe saber; pero renunciar a ella significa por lo que atañe a su persona, pero todavía más por lo que concierne a la posteridad, vulnerar y pisotear los sagrados derechos de la humanidad.” (Kant, 2009: 89-90)

Visto de esta manera, el pensamiento crítico, o esa voluntad de pensar por uno mismo fructificará cuando pueda enraizarse en un contexto de “desfundamentación” y no de ratificación de verdades obsoletas. Encuentro que es posible reflexionar más acerca de la práctica pedagógica actual en torno a ejes tales como los que se presentan en los párrafos anteriores, revisando la dimensión ética de la criticidad en el discurso educativo. En este sentido, la observación y la escucha atenta dentro de los contextos pedagógicos en los que circulo me indican que tal actitud crítica es más un “deber ser” que una ética que se quiere lograr, y que aún estamos lejos de la práctica de un trabajo en nosotros mismos que nos lleve a la construcción de sujetos veraces y libres.

INTRODUCCIÓN

Siguiendo la pregunta original, ¿de qué naturaleza es esa “voluntad” de abandonar la “minoría de edad” kantiana?, ¿qué interés puede tener en la actualidad *lo* que pensaba y *cómo* pensaba un molinero del siglo XVI? A mi entender, y es la hipótesis que pretendo desarrollar en las páginas siguientes, analizar la posibilidad de un desplazamiento de la **dimensión crítica del pensamiento** de Menocchio como aquella que surge dentro de un **discurso excluido del orden hegemónico**, aporta material teórico a la comprensión de la **naturaleza de lo que damos en llamar *críticidad***. En la misma dirección, me interesa explorar la presencia (o no) de una **“intención desfundamentadora”** en las palabras del molinero.

Se tomará como referencia las tres categorías de exclusión del orden discurso introducidas por Foucault en 1970: la **palabra prohibida**, la **separación de la locura** y la **voluntad de verdad**. El discurso del molinero no escapó a ninguna de ellas y resulta evidente que algo del orden del “querer saber” se juega en su condena, ya que las dos primeras se hacen “cada vez más frágiles (...) en la medida en que , al encontrarse ahora atravesadas por la voluntad de saber, ésta por el contrario no cesa de reforzarse y de hacerse más profunda e insoslayable” (Foucault, 2012: 23-24) Veremos en el desarrollo de este escrito que en ningún momento Menocchio abandona las premisas de su cosmogonía, los cuales desafiaban explícitamente la doctrina religiosa europea del siglo XVI. En este sentido, la forma y delimitación de su discurso ponía en juego el poder que ejercía la iglesia a través del suyo, constituyéndose así una verdad paralela a la verdad de la fe, lo cual no admitía más que la condena a la hoguera por orden del Santo Oficio. Aunque sería inocente pensar que las blasfemas de un molinero que ni siquiera tenía un séquito que lo acompañara en sus ideas pudieran tener incidencia en la verdad revelada de la Santa Iglesia Católica -la cual se hallaba distribuida por toda Europa y se introducía en el nuevo continente americano de la mano de los jesuitas- las ideas de Menocchio muestran ecos de voces humanistas y protestantes muy molestas para la Inquisición. Sin embargo, el molinero fue sometido a varios interrogatorios y no fue fácil para los inquisidores “demostrar” su herejía. La ferocidad con la que se acalló esta voz

disonante es un pequeño ejemplo de la fuerza que puede llegar a imponerse sobre un discurso que está fuera del orden. No es mi idea hacer un análisis del discurso de Menocchio pero sí me interesa desdoblar algunos de sus ribetes para alimentar la hipótesis que presento en el primer párrafo.

VOCES DE OTROS: ¿OTRAS VOCES?

““¿Quién construyó Tebas de las siete puertas?” pregunta el lector obrero de Brecht. Las fuentes nada nos dicen de aquellos albañiles anónimos, pero la pregunta conserva toda su carga”

(Ginzburg, 1994: 9)

Domenico Scandella -conocido por Menocchio- fue un molinero del siglo XVI que vivió su vida en el total anonimato. Fue muerto en la hoguera por orden del Santo Oficio después de resistir a dos procesos de interrogación en manos de la Santa Inquisición. Minuciosamente, el historiador italiano Carlo Ginzburg nos acerca un detallado estudio sobre los expedientes de dichos interrogatorios que arroja luz sobre las “ideas, sentimientos, fantasías y aspiraciones” del molinero. A diferencia de la proposición de análisis usual de una cultura *producida* por las clases populares, Ginzburg adopta una mirada de una cultura *impuesta* a las clases populares, dando cuenta de un discurso que ofreció resistencia al orden dominante. Una (otra) mirada que permite ver un entretejido circular en torno a las ideas y de los campesinos de la época y las de los refinados humanistas, una “dicotomía cultural (e) (...) influencia recíproca (...) entre cultura subalterna y cultura hegemónica” ilustrada por Ginzburg a partir de los estudios del filósofo ruso M. Bakhtin en *“Rabelais y su mundo”*: “(...) el carnaval: mito y rito en el que confluyen la exaltación de la fertilidad y la abundancia, la jocosa inversión de todos los valores y jerarquías, el sentido cósmico del fluir destructor y regenerador del tiempo. (...) esta visión del mundo (...) se contraponen expresamente (...) al dogmatismo y a la seriedad de la cultura de las clases dominantes.” (Ginzburg, 1994: 13) Interesa a los efectos de este escrito observar la convergencia entre el radicalismo religioso, el naturalismo de corte

científico y la ambición de un cambio social que existe entre la postura del molinero friulano y los exquisitos intelectuales de su época. Resulta evidente, a partir de esta observación, la interconexión entre el discurso del campesino y el discurso refinado de humanistas como Erasmo por ejemplo, así como los ardides de los que se valían los unos y los otros para enmascarar planteos contra-hegemónicos. Siguiendo esta línea, me detendré un instante en algunos aspectos de relieve del pensamiento humanista de la época con el ánimo de establecer un marco que pueda officiar de andamio para configurar el perfil de las ideas de Menocchio.

En una Europa occidental bajo el efecto de la *Rinascitá*, los intelectuales se hallaban en un proceso de repliegue hacia el campo, así como de una silenciosa observancia del mundo en su estado natural. Los intelectuales humanistas habían abandonado las ciudades y se habían comenzado a afincar en las villas solitarias que officiarían de templo de sus contemplaciones e investigaciones pre-científicas. En un proceso descontracturante del *modus pensanti* y *modus viventide* los intelectuales de la época aparece el divorcio entre el pensador humanista y el profesor medieval: “Uno es un profesor enfrascado en su enseñanza, (...) el otro es un sabio solitario en su gabinete de trabajo, cómodamente instalado en un aposento amplio y rico donde se mueven libremente sus pensamientos.” (Le Goff, 2008: 155) Sin dudas que no era ese el ambiente en el que vivió Menocchio, nada más lejos de su realidad que la riqueza y amplitud de espacio físico y de ocio, nada menos favorable que su entorno como para elaborar una teoría del mundo, una cosmogonía original como la suya. Lo que sí es común entre él y los nuevos intelectuales renacentistas es su tinte grecolatino en la interpretación del universo, su mirada puesta más en la naturaleza que en Dios y su antropocentrismo en aumento.

Herederos de una aristocracia intelectual rodeada de lujos, cuyas múltiples facetas del tipo feudal y señorial habían perfilado al pensador doctorado en universidades prestigiosas medievales, los humanistas eran los nuevos personajes del “pseudo-ágora” europea. Veamos qué dice Le Goff con respecto a sus inmediatos antecesores:

“Para constituirse en aristocracia, los universitarios adoptan uno de los medios habituales a que apelan grupos e individuos para entrar en la nobleza: llevan un tren de vida propio de nobles. (...) Convierten las vestimentas y los atributos de su función en símbolos de nobleza. La cátedra (...) los aísla, los exalta, los magnifica. El anillo de oro y la toca, el birrete (...) son cada vez menos insignes de funciones y cada vez más emblemas de prestigio. (...) llevan un largo hábito talar (...) y largos guantes que en la Edad Media son símbolo de rango social y de poder” (Le Goff, 2008: 125)

Aunque habrá una ruptura entre la tipología del intelectual de la Edad Media tal como el que se describe en el párrafo anterior y el nuevo humanista del renacimiento, hay un carretero de prestigio social y poder que se reflejará en la pertenencia al orden del discurso establecido en tiempos de nuestro molinero en cuestión. Veremos más adelante de qué manera Menocchio se encuentra en la vereda de enfrente de este orden establecido, no solamente por contenido de sus palabras sino por la simbología de su lugar social. Recordemos también que en época de Cruzadas, caballería y ciencia eran los pilares donde se sostenía el orden Divino de las leyes, y aunque el divorcio entre ciencia y técnica, entre teoría y práctica había apartado la una de la otra aparentemente en forma definitiva en los siglos XII y XIII, en el Renacimiento la unión entre ellas resucita como un fantasma mal muerto ubicando al paradigma religioso en el lugar del foco que ilumina la mirada de unos intelectuales que han vuelto a poner sus ojos sobre la naturaleza. El retorno a las lecturas de Aristóteles y el paso de acercamiento, sin pausa y cada vez mayor, al principio cartesiano *cogito ergo sum*, alejó a los humanistas de aquella apología de la docta ignorancia introducida por el cardenal Nicolás de Cusa en 1449. Así, bajo la autoridad cada vez más atenuada de una Santa Iglesia Católica que agudizaba cada vez más la represión de los discursos anticlericales a través de su brazo inquisidor, y en un contexto proliferante de intelectuales humanistas que azuzaban las premisas de un paradigma en baja, aparece Menocchio con su singular

cosmogonía.⁴ Tal como lo dice Ginzburg más adelante en su libro, si Menocchio hubiese pronunciado estas palabras un siglo, o un siglo y medio después, habría sido tildado del “loco” por padecer un “delirio religioso”. En su tiempo, y antes de ser procesado por hereje, se dijo que estaba “poseso”. Poseídos, delirantes, locos, turbios, calumniadores, espíritus inquietos, depresivos, todas categorías de sujetos que “si se leen todas estas menciones, colocadas ante el nombre de insensato se tiene la impresión de encontrarse aún en el mundo de Brandt o de Erasmo, mundo en que la locura dirige toda una ronda de defectos, la danza insensata de las vidas inmorales” (Foucault, 2004: 212)**Molestos**. Resultan molestos porque pronuncian un discurso que no se quiere escuchar, es un discurso que no sigue el orden esperado y que trastoca en cierto lugar la comodidad de la “politically correctness”

⁴«Yo he dicho que por lo que yo pienso y creo, todo era un caos, es decir, tierra, aire, agua y fuego juntos; y aquel volumen poco a poco formó una masa, como se hace el queso con la leche y en él se forman gusanos, y éstos fueron los ángeles; y la santísima majestad quiso que aquello fuese Dios y los ángeles; y entre aquel número de ángeles también estaba Dios creado también él de aquella masa y al mismo tiempo, y fue hecho señor con cuatro capitanes, Luzbel, Miguel, Gabriel y Rafael. Aquel Luzbel quiso hacerse señor comparándose al rey, que era la majestad de Dios, y por su soberbia Dios mandó que fuera echado del cielo con todos sus órdenes y compañía; y así Dios hizo después a Adán y Eva, y al pueblo, en gran multitud, para llenar los sitios de los ángeles echados. Y como dicha multitud no cumplía los mandamientos de Dios, mandó a su hijo, al cual prendieron los judíos y fue crucificado». Y añadió: «Yo no he dicho nunca que le mataran como a una bestia» (era una de las acusaciones contra él: más tarde admitiría que sí, que podía haber dicho algo así). «Yo he dicho claramente que se dejó crucificar, y aquél que fue crucificado era uno de los hijos de Dios, porque todos somos hijos de Dios, y de la misma naturaleza que el crucificado; y era hombre como nosotros, pero de mayor dignidad, como si dijéramos hoy día el papa, que es hombre como nosotros, pero con más dignidad que nosotros porque tiene poder; y el que fue crucificado nació de san José y la virgen María.» (Ginzburg, 2008: 34)

LA TESIS DEL MOLINERO: dimensión crítica

“En la plaza, en la hostería, en el camino de
Grizzo o de Daviano, de regreso de la montaña:
(...) suele con todo el que habla salir con
razonamientos sobre las cosas de Dios y
siempre meter algo de herejía: así porfía y grita
para mantener su opinión”

(Ginzburg, 1994: 31)

Menocchio leía autónomamente. Pocos libros fueron los que se hallaron en su biblioteca⁵ pero era evidente que la aparición de la imprenta había permitido que la letra llegara hasta algunos rincones donde espíritus autodidactas como el del molinero se alimentarían del **carácter emancipador** del ser lector. La tradición oral de la que su corpus de ideas era heredero se complementó con las lecturas de

⁵Los libros mencionados durante el primer proceso son los siguientes: 1) la *Biblia* en lengua vulgar, «la mayor parte en letras rojas» (se trata de una edición no identificada); 2) *El Florilegio de la Biblia* (es la traducción italiana de una crónica medieval catalana en la que se mezclaban diversas fuentes, entre ellas, además naturalmente de la Vulgata, el *Chronicon* de Isidoro, el *Elucidarium* de Onorio di Autun y un notable número de evangelios apócrifos; de esta obra, que tuvo una amplia circulación manuscrita entre el siglo XIV y XV, se conocen unas veinte ediciones, tituladas indistintamente *Floreillas de la Biblia*, *Flores de toda la Biblia*, *Flores nuevas*, que se editaron hasta la mitad del siglo XVI); 3) *Il Lucidario (¿Rosario?) della Madonna* (probablemente identificado con el *Rosario della gloriosa Vergine Maria* del dominico Alberto da Castello, también reeditado varias veces durante el siglo XVI); 4) *Il Lucenario (sic, por Legendario) de santi* (es la traducción de la difundidísima *Leyenda áurea* de Jacopo da Varagine, a cargo de Niccolò Malermi, aparecida con el título de *Legendario delle vite de tutti li santi*); 5) *Historia del Giudicio* (se trata de un poemita anónimo del siglo XV en octavas, que circulaba en numerosas versiones, de distinta extensión); 6) *Il cavallier Zuanne de Mandavilla* (es la traducción italiana, reeditada muchas veces durante el siglo XVI, del famoso libro de viajes redactado a mediados del siglo XIV y atribuido a un fantasmagórico sir John Mandeville); 7) «un libro que se llamaba *Zampollo*» (se trata en realidad de *Il Sogno dil Caravia*, editado en Venecia en 1541). A estos títulos hay que añadir los mencionados durante el segundo proceso: 8) *Il Supplimento delle cronache* (traducción en lengua vulgar de la crónica redactada a finales del siglo XV por el eremita de Bérgamo Jacopo Filippo Foresti, reeditada varias veces con puestas al día, hasta finales del siglo XVI, con el título *Supplementum supplementi delle croniche...*); 9) *Lunario al modo di Italia calculato composto nella citta di Pesaro dal eccmo. dottore Marino Camilo de Leonardis* (también de este *Lunario* existen varias ediciones); 10) el *Decamerón* de Boccaccio, en edición no expurgada; 11) un libro, que a falta de otra identificación, como hemos visto, un testigo supone es el *Corán* (del cual se publicó en 1547 una traducción italiana en Venecia).

algunos libros clave que configuraron su pensamiento: el libro prohibido *Decamerón*⁶, *Il Sogno dil Caravia*, y otros.

El molinero se permitió realizar una hermenéutica que le era propia de los textos y de las enseñanzas de la Iglesia, leyendo los libros con base en su cultura oral. Esta lectura autodidacta le permitió tener un pensamiento propio, un pensamiento libre, además de desarrollar un discurso que atentaba directamente contra el poder de la autoridad eclesial. Si pensáramos esta modalidad de pensar en términos kantianos, diríamos que Menocchio siguió –prematuramente- el imperativo de la ilustración *sapere aude*, y aunque obviamente su discurso caía en contradicciones constantes a la hora de responder las preguntas del inquisidor, defendió hasta las últimas consecuencias una interpretación del mundo y del modo relacional de los hombres que era suya.

Ahora, sabemos que este elemento de “propiedad” de la idea es discutible, así como todos nosotros, Menocchio se nutrió de “otras” voces para desarrollar la suya. Sin embargo, ante el carácter ineludible de esa voz (otra), la utilidad del discurso del molinero a los efectos de este escrito radica en el carácter de sus “**nuevas ideas**”:

⁶Se puede considerar el *Decamerón* como obra precursora del Renacimiento por la concepción profana del hombre, la ausencia de rasgos fantásticos o míticos, y la burla de los ideales medievales, lo que dota a la obra de un carácter claramente antropocéntrico y humanista. Los jóvenes que llevan adelante las diez jornadas instauran la idea del *carpe diem* en contraposición al tópico literario del *ubi sunt*. Puede apreciarse una paulatina desmitificación de la idea de la tierra como simple tránsito hacia la vida eterna.

Los personajes de Boccaccio son seres comunes, defectuosos y desprovistos de cualquier valor noble, caballeresco o cortés, propio de una sociedad feudal; por el contrario, destacan los ladrones, embusteros y adúlteros, y se enaltece su astucia, que les permite salir airosos de las situaciones descritas, a diferencia de la antigua concepción medieval, donde el protagonista o héroe de la historia poseía facultades inherentes a su ser, como la belleza o la fuerza, y asociadas siempre a la nobleza y la divinidad. Finalmente, el fuerte sentido anticlerical de las historias de Boccaccio le aleja de la concepción teocéntrica medieval.

atrevido, desprejuiciado. En otras palabras, interesa su pensamiento porque fue lo que podríamos llamar un *ilustrado avant la lettre*, un pre-ilustrado.

Aquél que se sale del orden del discurso cae en la exclusión, es en cierta manera un insolente, un loco. Menocchio realizó un salto de nivel, colocando en el ámbito del discurso establecido el patrón del discurso dicho, topándose con la resistencia de aquellos que velaban por el *status quo*, y aunque el molinero estaba lejos de tener conciencia de que “la desaparición radical de este desnivel no puede ser nunca más que juego, utopía o angustia” (Foucault, 2012: 27), él estaba convencido de la verdad que pronunciaba sin ocuparse de este otro asunto. Vuelvo entonces al elemento de “intención desfundamentadora”, aunque no fuera de su cabal consciencia había en nuestro personaje una **clara voluntad de saber** fuera de los límites impuestos por el discurso hegemónico, lo cual muestra un elemento de criticidad fundamental en su discurso. Además, la denuncia menocchiana de la opresión de los ricos sobre los pobres, de que el clero se alejaba de la santa escritura al vivir en el lujo, de que los sacramentos eran mercantiles, constituía una reafirmación insolente de su juicio y denotaba una necesidad indisimulable de sacudirse la mediación interpretativa del sacerdocio. Menocchio se rebela contra el dispositivo de poder eclesial. Con estos elementos sobre la mesa y mirándolo desde nuestro lugar, uno tiende a atribuirle aspectos reformistas al discurso del campesino, identificando una cierta convergencia con “las refinadas teorizaciones religiosas de los herejes de formación humanística: suscoetáneos.” Sin embargo dice Ginzburg:

“¿Qué tiene que ver con la Reforma una cosmogonía como la que describe Menocchio —el queso primordial del que nacen los gusanos, que son los ángeles? ¿Cómo vincular con la Reforma afirmaciones como las que atribuyen a Menocchio sus paisanos — «todo lo que se ve es Dios, y nosotros somos dioses», «cielo, tierra, mar, aire, abismo e infierno, todo es Dios»? Mejor atribuir las, provisoriamente, a un sustrato de creencias campesinas, de muchos siglos de antigüedad, pero no del todo borrado. La Reforma, al romper la costra de la unidad religiosa, lo hizo aflorar indirectamente. La Contrarreforma, en su intento de recomponer la

unidad, lo había sacado a la luz para, evidentemente, erradicarlo. A la luz de estas hipótesis, las afirmaciones de tono radical pronunciadas por Menocchio no se explican vinculándolas al anabaptismo, y menos a un «luteranismo» genérico. Más bien cabe preguntarse si no se insertan en una corriente autónoma de radicalismo campesino que la agitación de la Reforma contribuyó a revelar, pero que era más antigua que la Reforma.” (Ginzburg, 1994: 52)

¿Y por qué tomaríamos la formulación de la tesis de Menocchio como representativa? Más aún, ¿cómo vincularla directamente al carácter crítico del pensamiento? Aunque constituye un obstáculo el hecho de que siendo el molinero un agente inserto en la cultura oral era evidente la influencia del texto escrito en su pensamiento, lo que importa subrayar es su **clave de lectura**: él lee la página impresa desde una cultura oral, donde un detalle modifica el sentido global del razonamiento, extrayendo gestos en forma aislada y generalizando a partir de ellos, “la lectura de Menocchio era evidentemente unilateral y arbitraria, casi ansiando la confirmación de ideas y convicciones sólidamente establecidas” y durante los interrogatorios hizo “poquísimas referencias concretas a las Escrituras” (Ginzburg 1994: 72) Así, y en nuestro encuadre, vemos cómo se dibuja el fino límite entre el pensamiento crítico y el que hemos llamado “criticón”. No por esto digo que las ideas de Menocchio se enmarquen en lo segundo pero ciertamente queda en evidencia la necesidad de un “algo” que el molinero carece para dar cuenta de la criticidad de su perspectiva. Sin dudas se cuela en mi apreciación un tinte de exclusión propio de la disciplina en la que realizo este trabajo, cuestión que abre un camino nuevo para seguir explorando en trabajos sucesivos.

Al adentrarnos en el discurso de Menocchio se ve con claridad que el modo en el que Menocchio leía los textos y el carácter retorcido de sus afirmaciones dan cuenta de una reelaboración original, al decir de Ginzburg, el molinero no repetía como loro opiniones ni tesis ajenas y en su discurso confluyen corrientes doctas y corrientes populares. De este modo, la **originalidad** de su planteo da cuenta de que la naturaleza crítica de su pensamiento. El materialismo de su perspectiva, la denuncia temprana del par explosivo conocimiento-poder (Ginzburg, 1994: 94) y los lastres en

su cosmogonía de imágenes de la Divina Comedia, (Purgatorio X) “...gusanos nacidos para formar la mariposa angelical” dan cuenta de una hermenéutica desestabilizadora que no es del todo naif y que está inspirada inconscientemente en mitos muy antiguos y tradiciones chamánicas. La Reforma y la aparición de la imprenta fueron los eventos que a la postre hicieron posible que esta tradición oral pudiese, como nos dice Ginzburg, *tomar la palabra*; fue *la palabra* la que le permitió a Menocchio hacer llegar esa visión del mundo que estaba dentro suyo primero a sus paisanos y luego a los poderosos y adoctrinados jueces de la Inquisición. Así, el **lenguaje escrito** aparece como **instrumento** para elaborar un **juicio crítico y abstracción**, y el texto aparece como agente desencadenante de su “hambrienta curiosidad intelectual”. Dice Ginzburg:

“De este modo había vivido en primera persona el salto histórico, de alcance incalculable, que separa el lenguaje gesticulado, murmurado, chillado, propio de la cultura oral, de aquel otro, carente de entonación y cristalizado sobre el papel, propio de la cultura escrita. El primero es casi una prolongación del cuerpo, el otro es «una cosa mental». La hegemonía de cultura escrita sobre cultura oral fue fundamentalmente una victoria de la abstracción sobre el empirismo.” (Ginzburg, 1994: 99)

La **desconfianza** y la **duda** del molinero, así como la densidad metafórica de sus dichos, inspiradas según él por “muchos filósofos” también coadyuvaron en la configuración de una postura de no aceptación de facto de la autoridad del discurso hegemónico. Así, Menocchio desafía otros dos de los principios foucaultianos de agrupación, unidad y origen del discurso: el **autor** y el **ritual**. El reto a la taxonomía foucaultiana de este último resulta evidente: el molinero no sigue ni la cualificación, ni los gestos, ni los comportamientos, ni las circunstancias ni el conjunto total de signos que deben acompañar al discurso.

Asimismo, el desplazamiento que hace el molinero desde su fantasía de paraíso y **sudeseo de un mundo nuevo** hacia su propio contexto, nos habla también de un puente tendido entre la articulación de la cultura oral de la que él es hijo y la influencia de la cultura escrita de los textos leídos, alimentándose de esta manera

un poco más su postura crítica. Dicho puente nos habla de un hecho de vanguardia ya que “En las sociedades fundadas sobre la tradición oral, la memoria de la comunidad tiende involuntariamente a enmascarar y a integrar los cambios. A la relativa plasticidad de la vida material, corresponde una acentuada inmovilidad de la imagen del pasado. Las cosas siempre han sido así; el mundo es lo que es. Sólo en los períodos de transformación social profunda surge la imagen, generalmente mítica, de un pasado distinto y mejor; un modelo de perfección, frente al cual el presente aparece como una decadencia, una degeneración.” (Ginzburg, 1994: 122) Esta inconsciente intención desfundamentadora del molinero puesta de manifiesto en su necesidad -mitad visceral mitad racional- de un orden distinto, ejemplifica de cierta manera la **condición innovadora** de su pensamiento crítico. Aunque, como ya se dijo antes, no se tome a Menocchio como agente representativo de su clase, sirve su caracterización a los efectos de este trabajo ya que lo que se intenta poner de relieve es la **naturaleza de su juicio** y no su representatividad o carácter generalizable.

CONSIDERACIONES FINALES: discurso verdadero, conciencia de sí y criticidad

“Siempre se puede decir la verdad en el espacio de una exterioridad salvaje: pero no se está en la verdad más que obedeciendo a las reglas de una “policía” discursiva que se debe reactivar en cada uno de sus discursos”

(Foucault, 2012: 38)

Los límites que encontró Menocchio a su discurso fuera de orden fueron extremos: murió quemado en manos de la Santa Iglesia. El molinero no cumplía con el requisito básico de la doctrina: reconocer las mismas verdades y aceptar una cierta regla de conformidad con los discursos válidos. Nuestro personaje intentó sobrevivir a la doble sumisión impuesta por la doctrina: la sumisión de los sujetos que hablan, a los discursos. A la natural condición crítica del pensamiento de Menocchio le faltó escuela y le faltó tiempo ya que vivió envuelto en un discurso anacrónico al que le

faltó instrumento y picardía para sobrevivir a la hoguera. A propósito de esto, veamos la inquietud de Foucault: “¿Qué es, después de todo, un sistema de enseñanza, sino una ritualización del habla (...); sino la constitución de un grupo doctrinal cuando menos difuso; sino una distribución y una adecuación del discurso con sus poderes y saberes?” (Foucault, 2012: 46)

Apoiado en el lenguaje como nervadura del ser, el mundo del molinero le susurraba cosas y él, en una cierta inocencia cultivada en un contexto lejano al de los doctos, daba lugar al reverberar de una verdad que nacía ante sus ojos. A este respecto dice Foucault:

“(...) cuando todo puede finalmente tomar la forma del discurso, cuando todo puede decirse y cuando puede decirse el discurso a propósito de todo, es porque todas las cosas, habiendo manifestado e intercambiado sus sentidos, pueden volverse a la interioridad silenciosa de la conciencia de sí.” (Foucault, 2012: 49)

Y así todo vuelve inequívocamente al imperativo de Delfos, al origen de la duda, a una posible raíz de la intención desfundamentadora: *epimeleia heautou*, concóctete a ti mismo, ten conciencia de ti mismo. Es como si efectivamente la historia del pensamiento y la reflexión filosófica siguiera una dirección espiralada que siempre desemboca en los griegos. Menocchio se paró frente al mundo con una actitud ciertamente *parrhesiasta*, convencido de su verdad construyó su ética conforme a sus ideas.

Desde una perspectiva actual casi idéntica –salvando diferencias entre la doctrina de la fe y la doctrina de la ciencia-, y siguiendo la línea foucaultiana de *El Orden del Discurso*, la naturaleza crítica del pensamiento del molinero nos lleva a replantearnos la doble cara que existe ante cualquier desorden del discurso. Quiero decir, y vuelvo a los ejes temáticos que introduzco en los *Antecedentes* de este escrito, que se dice habitualmente que se busca la educación de ciudadanos críticos, con autonomía de pensamiento, al tiempo que se huele inevitablemente –y se constata en la experiencia educativa- esa *logofobia* que Foucault caracteriza así: “(...) una especie de sordo **temor** contra esos acontecimientos, contra esa masa de cosas dichas, contra la aparición de todos esos enunciados, contra todo lo que

puede haber allí de violento, de discontinuo, de batallador, y también de desorden y de **peligro**, contra ese gran murmullo incesante y desordenado de discurso”, encomendándonos la siguiente tarea: “replantearnos nuestra voluntad de verdad; restituir al discurso su carácter de acontecimiento; borrar finalmente la soberanía del significante.” (Foucault, 2012: 51)

A modo de “punto final” y a su vez “nuevo comienzo”, digo que la posible caracterización de la **naturaleza del pensamiento crítico** que me aboco a construir en mi tesis de doctorado podría considerar las siguientes **nociones apendiculares** delineadas en este escrito a punto de partida del análisis del discurso de Ginzburg del molinero friulano Domenico Scandella y a la luz de los aportes de Foucault en *El Orden del Discurso*. A saber:

- la palabra prohibida y la separación de la locura
- la voluntad de verdad
- la clave de lectura y su carácter emancipador
- ¿crítica=insolencia?
- la originalidad del pensamiento
- el lenguaje escrito como instrumento para elaborar juicio crítico y abstracción
- la desconfianza y la duda
- la condición innovadora y el deseo de un mundo nuevo

Acerca del primer ítem de la lista **-la palabra prohibida y la separación de la locura-** y a propósito de la supuesta unicidad e (i)representatividad de Menocchio, ahora sí como punto final, cito a Foucault:

“Pero, después de todo, ¿qué forma del saber es bastante singular, esotérica o regional para no ser dada nunca más que en un punto, y en una formulación única? ¿Qué conocimiento es sabido al mismo tiempo bastante bien y bastante mal para ser conocido una sola vez, de una sola manera, según un solo tipo de aprehensión? ¿Cuál es la figura de la ciencia, por coherente y cerrada que sea, que no deje gravitar a su alrededor formas más o menos oscuras de conciencia práctica, mitológica o moral? Si no hubiese vivido en un orden disperso, y reconocido solamente por sus perfiles, toda verdad entraría en el sueño.”

(Foucault, 2004: 257)

BIBLIOGRAFIA

Ginzburg, Carlo. EL QUESO Y LOS GUSANOS. Tr. Martín, Francisco. Muchnik Editores. Barcelona, 1994.

Kant, Immanuel. ¿QUÉ ES LA ILUSTRACIÓN? Tr. Aramayo, Roberto R. Editorial Alianza. Madrid, 2009.

Foucault, Michel. EL ORDEN DEL DISCURSO. Tr. González Troyano, Alberto. Tusquets Editores. Buenos Aires, 2012.

Foucault, Michel. SOBRE LA ILUSTRACIÓN. Tr. De la Higuera, Javier y otros. Editorial Tecnos. Madrid, 2011.

Foucault, Michel. EL CORAJE DE LA VERDAD. Editorial Fondo de Cultura Económica. México, 2010.

Foucault, Michel. HISTORIA DE LA LOCURA EN LA ÉPOCA CLÁSICA. Editorial Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2004.

Le Goff. LOS INTELLECTUALES EN LA EDAD MEDIA. Gedisa Editorial. Barcelona, 2008.